

ENGAÑO PERFECTO

Charlie Donlea

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

MONTAÑAS DE CATSKILL

15 DE JULIO DE 2001

Dos meses antes del 11S

LA MUERTE ESTABA EN EL aire.

Pudo olerla en cuanto pasó por debajo de la cinta policial y entró en el jardín delantero de la palaciega finca. Las montañas de Catskill se elevaban por encima del perfil del tejado en la luz matutina que alargaba las sombras de los árboles. La brisa bajaba desde las estribaciones de las montañas, trayendo un olor a putrefacción que le provocó un movimiento involuntario del labio superior cuando el hedor le llegó a la nariz. El olor a muerte lo entusiasmaba. Quería creer que era porque se trataba de su primer caso como flamante detective de homicidios y no por alguna perversa obsesión que nunca había sabido que tenía.

Un agente de policía lo guio por el jardín hasta la parte posterior de la finca. Allí se encontró con la fuente del hedor. La víctima colgaba, desnuda, del balcón del primer piso; con los pies suspendidos a la altura de los ojos y la cuerda blanca alrededor del cuello que hacía que su cabeza pareciera una paleta a la que se le había roto el palito. El detective levantó la mirada hacia el balcón. La cuerda colgaba por encima de la

reja, tensa por el peso del cuerpo, y desaparecía por los ventanales que daban a lo que supuso que sería la habitación.

El detective concluyó que la víctima seguramente habría estado girando durante gran parte de la noche y, desafortunadamente, había quedado mirando hacia la casa. Desafortunadamente porque lo primero que el detective vio mientras caminaba por el césped del jardín fue el trasero desnudo del hombre. Cuando se acercó al cadáver, vio los moratones en el glúteo y el muslo derechos. Las marcas violáceas contrastaban con la lividez del muerto.

El detective sacó un par de guantes de látex del bolsillo de la chaqueta y se los puso. El cadáver estaba tan hinchado que parecía a punto de reventar. Las extremidades parecían rellenas con masa. La víctima tenía las manos atadas detrás de la espalda con una cuerda, lo que impedía que los brazos rígidos e hinchados colgaran a los lados del torso. Si cortaban esa cuerda, el sujeto se desplegaría como un espantapájaros.

Le hizo una señal al fotógrafo forense, que esperaba en la periferia del jardín.

—Adelante.

—Sí, señor —respondió el fotógrafo.

La unidad de criminalística ya había recorrido la propiedad tomando fotografías y grabando videos para registrar la escena tal como la habían encontrado. Ahora lo harían por segunda vez después de que el detective hubiera hecho su recorrida inicial. El fotógrafo levantó la cámara y miró por el visor.

—Entonces, ¿cuál es la primera conclusión? —preguntó el fotógrafo, disparando el obturador repetidas veces—. ¿Alguien ató al tipo y lo tiró por el balcón?

El detective levantó la mirada hacia el primer piso.

—Es posible. O tal vez él mismo se ató la cuerda al cuello y saltó.

El fotógrafo se detuvo y apartó lentamente la cara de la cámara.

—Sucede más a menudo de lo que creerías —dijo el detective—. De ese modo, si se arrepienten, no pueden salvarse a sí mismos. —El detective señaló la cara del muerto—. Tómale unas fotos a la mordaza que tiene en la boca.

El fotógrafo entornó los ojos mientras rodeaba el cadáver para mirar dentro de la boca de la víctima.

—¿Eso es una mordaza de bola? ¿Como las que se usan en los juegos sadomasoquistas?

—Sin duda iría de la mano de las marcas de látigo en el trasero. Subiré al primer piso para ver qué es lo que mantiene a este sujeto en su sitio.

Además de cubrirse las manos con guantes, el detective se calzó cubrezapatos desechables para entrar en la habitación. Las puertas dobles de cristal que daban al balcón se abrían hacia adentro, permitiendo que la brisa con olor a muerte entrara en la habitación. El penetrante hedor era menos notorio allí, un piso más arriba de donde el muerto colgaba en el aire matinal. El detective se paró en el umbral y recorrió la habitación con la mirada. Era la suite principal, sin duda alguna. El techo abovedado tenía una altura de seis metros. En el centro de la habitación había una cama de matrimonio extragrande con dosel; a cada lado, una mesa de noche. Contra la pared vio una cómoda cuyo espejo reflejaba su imagen. La cuerda subía por encima de la reja del balcón, entraba por las puertas dobles y seguía a la altura de la cintura por la habitación, hasta desaparecer dentro del vestidor.

Entró en la habitación y siguió la cuerda. El vestidor no tenía puerta, la abertura era un arco. Cuando se acercó, vio un espacio ordenado en el que las prendas colgaban de perchas idénticas. En la pared del fondo se veían zapatos dispuestos en pequeños compartimentos de madera de pino. Entre estos se elevaba una caja fuerte negra de alrededor de un metro cincuenta de alto, que parecía pesar una tonelada. El extremo de

la cuerda estaba atado con un nudo complicado a una de las patas de la caja fuerte. El detective sabía que el otro extremo estaba anudado alrededor del cuello del hombre, y que, ya fuera que lo hubieran empujado o se hubiera tirado solo, la caja fuerte había hecho su trabajo. Las cuatro patas estaban hundidas en la alfombra sin marcas adyacentes que sugirieran que el peso del cuerpo las hubiera movido ni un centímetro.

En el suelo, junto a la caja fuerte, había un cuchillo de cocina de gran tamaño. El sol de la mañana entraba por las puertas dobles del balcón e iluminaba el vestidor, dibujando la sombra del detective en el suelo y en la pared posterior. Sacó una linterna del bolsillo e iluminó las pequeñas fibras que estaban junto al cuchillo sobre la alfombra. En cucullas, las examinó a la luz de la linterna. Parecían ser hebras de nailon de cuando habían cortado la cuerda. Sobre la alfombra había un pequeño charco de sangre; unas gotas habían caído sobre el mango del cuchillo. Colocó un cono de señalización amarillo sobre la sangre y las fibras, para indicar que se trataba de pruebas, y otro junto al cuchillo.

Al salir del vestidor, vio una copa de vino casi vacía sobre la mesa de noche. Colocó otro cono de señalización junto a ella. El borde estaba manchado con lápiz labial. Pasó por encima de la cuerda tensa, junto a la cómoda con espejo y entró en el baño. Miró a su alrededor lentamente, pero no vio nada fuera de lugar. Muy pronto el equipo de criminalística revisaría el sitio con luminol y luces negras. De momento, al detective le interesaba tener una primera impresión del lugar. La tapa del excusado estaba levantada, pero el asiento estaba bajado y seco. El agua que había dentro se veía amarilla y sintió el penetrante olor a orina cuando su olfato se alineó con su vista. Alguien había utilizado el excusado y había olvidado jalar de la cadena. Un solitario trozo de papel higiénico flotaba en el interior. Colocó otro pequeño cono de señalización junto al excusado.

Salió nuevamente a la habitación y volvió a pasear la mirada por el lugar. Siguió la cuerda hasta el balcón y observó el cadáver que colgaba del extremo. En la distancia, la niebla de la mañana cubría las montañas de Catskill como una capa. Era la casa de un hombre muy rico y al detective lo habían seleccionado especialmente para que descubriera qué le había sucedido. En pocos minutos había identificado manchas de sangre, huellas sobre una copa de vino y una muestra de orina que probablemente pertenecía al asesino.

En aquel momento, no tenía ni idea de que todo eso llevaría a identificar a una mujer llamada Victoria Ford. Tampoco podría haber predicho que dos meses después, justo cuando tuviera todas las pruebas organizadas y estuviera muy cerca de obtener una condena, dos aviones de línea —el vuelo 11 de American Airlines y el vuelo 175 de United Airlines— se estrellarían contra las Torres Gemelas del World Trade Center. En una soleada mañana de cielos azules, morirían tres mil hombres y mujeres, y el caso del detective se desvanecería en el aire.

BAJO MANHATTAN

11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

HASTA DONDE LLEGABA LA VISTA, era una diáfana mañana de cielo despejado. Cualquier otro día, a Victoria Ford le habría parecido hermosa. Pero ese día, la mañana fresca y el cielo límpido pasaron inadvertidos. Las cosas habían salido muy mal y ella luchaba por su vida. Desde hacía varias semanas. Tras tomar el metro desde Brooklyn, subió las escaleras y salió a la luminosa mañana. Debido a la hora temprana, las calles estaban menos atestadas de lo normal. Era el primer día de clase, y muchos padres no habían hecho el viaje habitual a su trabajo para poder dejar a sus hijos en el colegio y hacerse las fotos del primer día. Victoria aprovechó que las aceras estaban vacías y caminó con paso rápido por el distrito financiero hacia el despacho de su abogado. Empujó las puertas del vestíbulo y entró en el elevador, que tardó cuarenta y cinco segundos en subirla al piso setenta y ocho. Allí, subió dos plantas más por la escalera mecánica y entró en las oficinas. Un instante más tarde estaba sentada frente al escritorio de su abogado.

—Sin ningún rodeo —dijo Roman Manchester en cuanto Victoria se hubo sentado—. Así es como suelo dar las noticias.

Victoria asintió. Roman Manchester era uno de los abogados defensores más conocidos del país. También era uno

de los más caros. Pero ahora que las cosas se habían descarriado, Victoria había decidido que Manchester era su mejor opción. Era alto y tenía un abundante pelo castaño; en un extraño momento de surrealismo, Victoria lo miró y recordó las veces que lo había visto por televisión, respondiendo preguntas de los periodistas o dando una conferencia de prensa para proclamar la inocencia de su cliente. El nombre de ella pronto estaría en la misma categoría que los otros hombres y mujeres a quienes Roman Manchester había defendido. Pero si eso significaba que evitaría una condena que la enviaría a la cárcel, a Victoria no le importaba. Desde el principio había sabido que sería así.

—La fiscal de distrito me llamó anoche para informarme que han convocado a un gran jurado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Victoria.

—En breve, posiblemente esta semana, presentarán ante un jurado de veintitrés ciudadanos todas las pruebas que tienen en su contra. No se me permite estar presente y tampoco es un procedimiento abierto al público. La fiscal de distrito no está intentando demostrar culpabilidad más allá de una duda razonable. Su objetivo es mostrar al jurado las pruebas que tiene hasta el momento para determinar si es necesario emitir una acusación formal.

Victoria asintió.

—Usted y yo ya hemos hablado de esto, pero permítame resumirle rápidamente lo que tienen en su contra. Las pruebas físicas son sustanciales. En la escena del crimen encontraron sus huellas, su ADN en rastros de sangre y de orina. Todo eso es incuestionable, ya que se siguieron todos los procedimientos con las órdenes de registro. La cuerda que estaba alrededor del cuello de la víctima coincide con la cuerda que los investigadores encontraron en su coche. Hay otras pruebas físicas menores, además de una gran cantidad de pruebas circunstanciales que se presentarán ante el gran jurado.

—¿No puede cuestionarlas como parte de mi defensa?

—La defenderé, pero no ante el gran jurado. Nuestro momento llegará cuando el caso vaya a juicio. Y habrá que trabajar mucho para llegar a ese punto. Podré cuestionar gran parte de las pruebas circunstanciales, pero, francamente, las pruebas físicas son un obstáculo difícil de superar.

—Ya se lo he dicho —afirmó Victoria—. No estuve en esa casa la noche en que murió Cameron. No puedo explicar cómo mi sangre y mi orina aparecieron allí. Ese es su trabajo. ¿Acaso no es por lo que le pago?

—En algún momento podré ver todas las pruebas y analizarlas en detalle para saber lo contundentes que son. Pero todavía no hemos llegado a eso. De momento, creo que el gran jurado fallará a favor de una acusación formal.

—¿Cuándo?

—Esta semana.

Victoria negó con la cabeza.

—¿Qué debería hacer?

—Lo más importante es calcular de cuánto dinero dispone y cuánto más puede obtener de familiares y amigos. Lo necesitará para la fianza.

—¿Cuánto dinero sería?

—Es difícil decirle una cantidad exacta. Argumentaré que no tiene antecedentes penales y que no existe riesgo de fuga. Pero la fiscal de distrito está buscando una acusación de homicidio premeditado y eso ya implica una fianza mínima de un millón. Es probable que sea más. Además, queda el resto de mi anticipo.

Victoria miró por la ventana del despacho de su abogado y contempló los edificios de Nueva York. Hizo una lista mental de sus bienes. Tenía poco más de diez mil dólares en una cuenta de ahorro conjunta con su esposo. Inversiones por unos ochenta mil dólares, aunque tendría que pelear con uñas y dientes por cada centavo, puesto que la cuenta estaba

a nombre de ambos. No se hablaban desde que surgieron los detalles de su aventura durante la investigación, cosa que ella sabía que sería inevitable. Los medios se habían regodeado con todos los detalles escabrosos difundiéndolos por todas partes. Poco tiempo después, su esposo se había ido de casa.

Podría pedir un préstamo respaldado por su plan de jubilación personal, donde tenía otros cien mil dólares. La plusvalía de su casa podría superar las cinco cifras. Aun con todo eso, le seguiría faltando dinero. Podría pedirles a sus padres y a su hermana, pero Victoria sabía que eso no cambiaría demasiado la situación. Su mejor amiga tenía todo el dinero del mundo y un millón de dólares no le harían mella a Natalie Ratcliff. Era la única opción que le quedaba. El peso de la situación hizo que se le encorvaran los hombros y se le llenaran los ojos de lágrimas. Eso no tendría que estar pasando. Hacía solo dos meses, Cameron y ella habían sido felices. Planeaban un futuro juntos. Pero luego todo cambió. El embarazo, el aborto y todo lo que siguió. Los celos y el odio. Todo había sucedido tan rápido que Victoria casi no había tenido tiempo de digerirlo. Y ahora estaba en el medio de una pesadilla sin salida. Apartó la mirada de la ventana y la fijó en su abogado.

—¿Qué pasa si no consigo el dinero?

Roman Manchester frunció los labios, se llevó la taza de café a la boca y bebió un trago lento antes de volver a dejarla cuidadosamente sobre el escritorio.

—Creo que debería encontrar la forma de asegurarse ese dinero; dejémoslo así. Será mucho más fácil montar una defensa viable si no la envían a prisión preventiva antes del juicio. No digo que sea imposible, solo más fácil.

Victoria sentía un zumbido en la mente. Una vibración real, audible. Imaginó que eran las neuronas de su cerebro tratando de asimilar la gravedad del momento, hasta que comprendió que se trataba de otra cosa. La vibración era real, algo que hacía temblar la silla y el escritorio. El sonido que

la acompañaba fue cambiando de un zumbido lejano a un chillido ensordecedor. De pronto, un objeto pasó como un rayo por su visión periférica, pero desapareció antes de que ella pudiera mirar hacia la ventana. Entonces, el despacho de su abogado tembló y osciló. Se cayeron los cuadros de la pared y estallaron los cristales justo cuando el ruido de una explosión le inundó los oídos. Las luces parpadearon y los paneles del techo le cayeron encima. Fuera, el cielo azul de un instante atrás había desaparecido. En su lugar se veía una pared de humo negro que borraba el brillante sol matinal. Esa misma humareda negra se enroscaba por los conductos de ventilación, y un olor inquietante le llenó las fosas nasales. Reconoció el olor, aunque no pudo ubicarlo de inmediato. No era exactamente igual, pero lo encontró parecido a la gasolina.